

FRANCO DAVILA: Ciencia y Altruismo

Plutarco Naranjo*

El 4 de Noviembre de 1.776, en Madrid, se producía un hecho excepcional. Se inauguraba, con gran esplendor y elegante concurrencia, el Real Gabinete de Historia Natural. Con suficiente antelación se había escogido esa fecha, porque era el onomástico del monarca de España, Don Carlos III. Razones había para la agitación y el alborozo. No sólo que se trataba del primer museo de Ciencias Naturales que se abría en Madrid, sino que era uno de los mejores y más importantes del mundo. A la inauguración asistieron, ricamente engalanados, numerosos miembros de la nobleza, del gobierno, los pocos científicos de Madrid y mucho público. El rey, movido por la fama del museo y la novedad de tantas maravillas de la naturaleza, no esperó la inauguración, en compañía de sus hijos, con bastante anticipación, lo visitó sin apuros y más bien con gran deleite.

El feliz anfitrión, nombrado por el rey más de tres años antes, como Director Vitalicio del Museo, era el guayaquileño don Pedro Franco Dávila, a quien ^{A. J.} Romeo Castillo, hace más de 35 años, lo llamó: "el sabio olvidado". Aclaro, de paso, que el calificativo de *sabio* no fue una patriótica o chauvinista concesión del historiador ecuatoriano. Así fue calificado nada menos que por varios miembros de una de las más famosas Academias de entonces, la Real Sociedad de Londres, la cual eligió a Franco Dávila, primero como su miembro correspondiente y luego como Miembro de Número, honor que, por desgracia, ningún otro científico ecuatoriano ha logrado compartir, hasta nuestros días.

* Academia Ecuatoriana de la Historia
Academia Ecuatoriana de Medicina.

EL SIGLO DE LAS CIENCIAS

Pedro Franco Dávila nació en Guayaquil, el 21 de Marzo de 1.711. Nació pues en los albores del siglo XVIII.

Desde finales del siglo XVII se produce en Europa un despertar por las ciencias y, en general por la cultura. Así como hoy, la computación, la informática y la exploración espacial dominan el panorama de la ciencia y la tecnología, en el siglo XVIII, es el conocimiento de la tierra, su real forma, sus características, su topografía, sus distancias, lo que atrae la atención de muchas mentes privilegiadas. Es el siglo de las grandes expediciones geográficas, comenzando con las expediciones geodésicas hacia el círculo polar y hacia la Real Audiencia de Quito, organizada por la Academia de Ciencias de París y más tarde seguidas por numerosas otras expediciones, entre ellas, las de Ciencias Naturales y en especial, las expediciones Botánicas, como la de José Celestino Mutis, en el Nuevo Reino de Granada, la de Ruiz y Pavón, en el Virreynato del Perú, y otras hacia varios territorios coloniales españoles y por parte de otras potencias europeas hacia otras latitudes del mundo. Es pues el siglo de la exploración y estudio de la naturaleza, en sus tres reinos.

La explotación de las minas de metales preciosos de México, el Perú, la Real Audiencia de Quito, y tantos otros lugares; la explotación de la caña de azúcar en el Caribe, el Brasil y otras regiones de las Américas, no sólo por parte de España sino también por parte de Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca; la explotación del cacao y los más variados productos de las colonias tanto del Hemisferio Occidental, cuanto de la costa Occidental de Africa, ha dado por resultado la acumulación de grandes recursos económicos en Europa, lo que, a su vez, ha creado un ambiente propicio para el desarrollo de las ciencias y la cultura. Los talentos y genios que no salen a explorar el mundo se quedan cultivando la Filosofía, la Metafísica, la Física, las Matemáticas. Es el

siglo de Newton, de Lamark, de Laplace, de La Condamine y centenares de otras luminarias; pero también es el siglo de Voltaire, de Rousseau y de otros revolucionarios que gestarán la famosa Revolución Francesa.

EL SIGLO XVIII ENTRE NOSOTROS

Acá en las colonias, a pesar de las aduanas y de la censura para que no se introduzcan publicaciones no autorizadas, algo nos llega de esos fulgores científicos y de la chispa revolucionaria.

La situación económica del estrato alto de los criollos es tan buena y a veces, mejor que la de la decadente nobleza europea o de la naciente burguesía. Acá como allá cuando entre los sectores pudientes nace un hombre de inteligencia superior ésta podía cultivarse, a veces, si el genio nacía entre los sectores proletarios, no faltaba, por casualidad, algún mecenas, que le diese la mano y la abriese el camino hacia el triunfo.

Para nosotros, el siglo XVIII es también el siglo de las ciencias y las luces. Se inicia con Pedro Vicente Maldonado y Pedro Franco Dávila, para continuarse luego con Juan Bautista Aguirre, Juan de Velasco, Antonio de Alcedo, Francisco Xavier de Santa Cruz y Espejo, el Obispo José Pérez Calama, Miguel Jijón, José Mejía Lequerica y Fray Vicente Solano, en el campo de la Historia y las Ciencias Naturales; es también el siglo de José Joaquín Olmedo y Vicente Rocafuerte, en el campo de las letras, la política y la diplomacia.

LAS MOCEDADES DE FRANCO DAVILA

Don Pedro tuvo la suerte de nacer en un hogar pudiente. Su padre, el capitán don Fernando Franco Dávila fue hombre acaudalado, ejerció, con gran éxito el comercio internacional.

Muy joven aún, fue enviado por su padre, por razones de negocios, con dirección a Panamá. A nivel de las costas del Chocó (actual República de Colombia), el barco se hundió y el joven Pedro logró salvar la vida, milagrosamente. Sin recurso de ninguna clase tuvo que permanecer por algún tiempo en la región del Chocó, en donde, en razón de las circunstancias, tuvo que comprometerse en un prematuro matrimonio con doña María Manuela Merenciana.

Mientras tanto, en Guayaquil, se habían celebrado las misas y honras fúnebres de rigor, por el eterno descanso del alma de tan agraciado e inteligente joven, a quien se le daba por ahogado en las turbulentas aguas del mal llamado Océano Pacífico. Cuando un buen día reapareció en Guayaquil, su padre no salía del espanto de si lo que veía, era alma de la otra vida o su propio hijo en carne y hueso. Al fin tuvo que convencerse de lo segundo.

El capitán Fernando Franco Dávila, por ese entonces, se encontraba afanado en los preparativos de un largo viaje de negocios hacia Europa. Aunque Pedro no se mostró nunca inclinado por el ejercicio del comercio, sino más bien por la lectura y los estudios, en particular, de las Ciencias Naturales, como hijo obediente, no rehusó acompañar a su padre, máxime que para cualquier americano, resultaba un sueño, una fantasía, el poder viajar hacia la lejana Europa. El capitán Pedro Franco Dávila, llevaba, a más de mercaderías, un cuantioso capital.

Llegaron a Flandes, luego avanzaron hacia París y posteriormente viajaron hacia Madrid. Mientras su padre se ocupaba de sus negocios, don Pedro regresó a París con el propósito de realizar algunos estudios, en especial sobre las ciencias de la naturaleza. Mientras se prolongaba la permanencia de don Fernando, en Madrid, éste cayó gravemente enfermo, circunstancia que obligó a don Pedro a regresar precipitadamente a la capital española. Poco o nada pudo hacer en favor de la salud de su padre quien falleció a los pocos días, dejando entre mercaderías y dinero la enorme fortuna de más de 300.000 pesos.

Como era la costumbre de la época, don Fernando, antes de emprender el viaje, en Guayaquil, dejó su testamento.

Cuando el joven Pedro, logró arreglar muchos asuntos pendientes, legales, comerciales y de otra naturaleza, se embarcó rumbo a América, llevando consigo las mercaderías de su padre. Ya en aguas del Caribe, el barco fue asaltado por los piratas y así se perdió parte de la fortuna que ya era patrimonio de la familia, incluyendo sus numerosos hermanos.

El inesperado acontecimiento, cambió para siempre, el rumbo de la vida de don Pedro Franco Dávila. En el Caribe se quedaron las mercaderías y con ellas el hombre de negocios en ciernes, para dar paso al hombre de ciencia.

FRANCO DAVILA, EL CIENTIFICO Y COLECCIONISTA

Del Caribe, don Pedro, regresó directamente a París, con ánimo de establecerse allí, de modo permanente. Corría el año 1.745 y, por consiguiente, el guayaquileño contaba con 34 años de edad, suficiente madurez y capacidad, para dedicarse, por cuenta propia, a lo que su vocación le exigía.

Antes de la muerte de su padre había ya conseguido una buena cantidad de libros, gracias a que disponía de los recursos necesarios y de la libertad de adquirir, tanto en París como en Madrid. Ahora, con mayores recursos incrementó grandemente su pequeña biblioteca, se dedicó en forma seria y sistemática a estudiar por su cuenta y ocasionalmente a asistir a conferencias o cursillos que, en París eran bastante frecuentes. Cada día fue creciendo su interés por las Ciencias Naturales, por la Paleontología, la Arqueología, el Arte y otras disciplinas. Comenzó a adquirir piezas de interés científico o artístico pero no con el ánimo de comerciar con ellas ni menos de convertirse en un coleccionista snob; todo lo contrario, cada pieza era motivo de particular estudio y catalogación. Animado por este deseo de ampliar sus conocimientos y de incrementar su na-

ciente museo, viajó repetidamente por Europa. Cada viaje fue una nueva experiencia y cada uno más rico que otro en conocimiento de las gentes y en adquisición de nuevos objetos.

Más de 20 años pasó enfrascado en sus estudios, selección de piezas apropiadas para su museo, catalogación de las mismas. Luego consiguió de artistas y artesanos que grabaran en metal o en madera las figuras de las piezas más importantes para la publicación de una obra en proyecto.

Las colecciones fueron enriqueciéndose cada día y para 1.777 su museo particular era ya superior al museo del rey de Francia. Tanto por esta razón cuanto por los múltiples conocimientos del propietario, el museo llegó a ser sitio casi obligado de visita por parte de científicos tanto parisinos, como franceses y extranjeros. Por fin, ese año, logró editar en la Imprenta Rome de Lile, en tres gruesos volúmenes, el fruto de más de dos décadas de infatigable labor. La obra lleva el título de "Catálogo Sistemático y Razonado de las Curiosidades de la Naturaleza y de las Artes que componen el Gabinete de don Pedro Franco Dávila, con figuras de madera las más principales piezas que aún no han podido ser grabadas". La obra se publicó en lengua francesa y fue saludada con entusiasmo por los círculos científicos, tanto en París como en otros lugares de Europa. A poco el rey Federico de Prusia, a pedido de la Academia de Berlín le nombró académico. Más tarde, la Academia de Historia, de Madrid, en donde no existía Academia de Ciencias, le eligió su Miembro Supernumerario y 1.767 la Academia de Londres, conocida con el nombre de Real Sociedad; como mencioné antes le elevó de la categoría de Miembro Correspondiente a "Fellow", es decir Miembro de Número.

Embebido en sus estudios, atareado en sus colecciones y durante los dos últimos años, afanado en la publicación de su Catálogo, la cuantiosa fortuna se había agotado antes de poder cumplir con su soñado deseo de retornar a la patria guayaquileña, con el fruto de más de dos décadas de estudios y labores in-

fatigables. Tal proyecto tenía también por objeto, justificar, tanto ante su familia cuanto ante la ciudad misma, el hecho de que la fortuna había estado muy bien invertida.

Las circunstancias le llevaron a recurrir a préstamos onerosos y ante el apremio de los pagos, no aparecía otra solución que la venta del museo. Situación terriblemente angustiosa. Don Pedro habría preferido morir antes que desintegrar su museo, antes que destruir el fruto de sus afanes y dedicación, antes que acabar con lo que representa su vida misma. Había pues, que salvar, a todo trance el museo.

EL REAL GABINETE DE HISTORIA NATURAL DE MADRID

Por varias razones su propuesta de venta del museo completo fue dirigida al rey de España, don Carlos III. El soberano encargó a su ministro, el marqués de Gramaldi, se encargase del asunto. Este, pidió un informe al padre Flórez quien, según el documento estudiado por Abel Romeo Castillo, dice lo siguiente: "El Gabinete de Dávila puede ser un principio que se roce con el fin más glorioso de que cuanto se adelante ceda en eterno el nombre de S.M., a quien la posteridad deberá tributar las ventajas que dentro de poco tiempo hará España a las demás naciones en Gabinete de Historia Natural, porque el principio de Dávila es un principio de veintidós años continuos de perpetua solicitud y crecidas expensas, copioso en muchas líneas y en algunas celebrado del más formal".

Por desgracia, por circunstancias que no vienen al caso analizar y pese al informe tan entusiasta y favorable, la negociación no prosperó. En desesperada lucha por salvar las colecciones principales, no le quedó otro recurso a Franco Dávila que vender algunos de los duplicados, con lo cual pudo, siquiera por el momento, solventar la situación.

FRANCO DAVILA: EL ALTRUISMO

Quedaba en pie una resolución final. ¿Qué hacer con el museo?. Tres años después del primer intento, de nuevo propuso al rey de España, Carlos III, aceptase el museo esta vez como regalo, a condición de que en Madrid se lo instalase y siguiese funcionando como tal. Con informe favorable del mismo padre Flórez el rey aceptó la propuesta y dio las disposiciones pertinentes a fin de que las colecciones sean apropiadamente trasladadas a la capital española.

Surgió el difícil problema de hallar un naturalista español con suficientes conocimientos y experiencia en la instalación y funcionamiento de un museo tan importante. No apareció otro nombre que el mismo de don Pedro Franco Dávila, ante lo cual, Carlos III, con fecha 17 de Octubre de 1.771, le designó Director Vitalicio. El sueldo anual fue fijado en 1.000 doblones sencillos.

Más de un año tomó la ímproba labor de embalar tanta pieza valiosa y transportar los 200 y más grandes cajones que contenían los preciosos objetos. Al propio tiempo surgió la necesidad urgente de encontrar un edificio apropiado para la instalación del museo. Una comisión especial visitó algunos edificios y al fin se consideró que el palacio del marqués de Belzunce, ubicado en la calle de Alcalá, número 13, era el más apropiado y que, podía además, dar albergue a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. El edificio estuvo listo en 1.774 y el rey mandó colocar una placa con el siguiente texto latino:

III Rex

Naturam et artem sub uno tecto
in publicam utilitatem consociavit.

En español significaría: "El rey Carlos III asoció, bajo un mismo techo, la Naturaleza y el Arte, para la utilidad pública".

Los dos años siguientes fueron de intensa labor de don Pedro, para instalar en todo un piso del edificio sus colecciones, ahora en vitrinas elegantes y apropiadas. Al fin llegó el tan esperado día de la inauguración pública, a la cual hice referencia al comienzo.

Franco Dávila que, por tantos años y sin el apoyo de nadie, se había dedicado al estudio de las Ciencias Naturales y a formar tan extraordinario museo, no pensó ni por un instante ponerse a vegetar frente a un escritorio. Todo lo contrario, contando como así lo era, con el apoyo del rey, vislumbró para el novísimo museo madrileño y las Ciencias Naturales españolas, un porvenir brillante. Carlos III accedió, de inmediato, a dar curso a una iniciativa del americano, consistente en ordenar a las autoridades provinciales, así como a aquellas de las colonias, para que remitiesen al museo piezas raras e interesantes. En poco tiempo don Pedro redactó la obra que, como era usual por esa época lleva un largo título: "INSTRUCCION, Hecha de orden del Rei N. S. para que los Virreyes, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes Mayores e Intendentes de Provincias en todos los Dominios de S.M. puedan hacer escoger, preparar y enviar á Madrid todas las producciones curiosas de la Naturaleza que se encontraren en las Tierras y Pueblos de sus distritos, á fin de que se coloquen en el Real Gabinete de Historia Natural que S.M. ha establecido en esta Corte para beneficio e instrucción pública". Esta obra se publicó en Madrid, en 1776 y circuló por todos los dominios de Carlos III.

Muy pronto el piso destinado al Real Gabinete de Historia Natural se volvió demasiado estrecho. Era indispensable contar con edificio más amplio. Sin reparar en costos y convencido en la importancia del proyecto, Carlos III dio disposiciones para que construya un monumental edificio en el Paseo del Prado. El famoso arquitecto Juan de Villanueva, fue el encargado de planificar la obra. Esto ocurría en 1.785.

Mientras tanto, don Pedro, gracias a su inteligencia, sus amplios conocimientos de tantas Ciencias Naturales y hasta se diría de su rejuvenecida actividad, se convirtió en un asesor del rey y de las instituciones científicas madrileñas. Muchos asuntos relacionados con tales disciplinas le fueron consultados y don Pedro, con toda diligencia, emitió los correspondientes informes. Pese a su edad y a ciertos achaques reumáticos, don Pedro no cesó en su trabajo hasta casi la víspera misma de su muerte.

El 6 de Enero de 1.786, el sabio guayaquileño dejó de existir. Su obra, en cambio, ha perdurado. Parte de las actuales colecciones del majestuoso edificio, en tres cuerpos, representando los tres reinos de la naturaleza, que constituyen el actual Museo de Ciencias Naturales, de Madrid, pertenecen al que fue el Gabinete de Pedro Franco Dávila.

Que bella página de historia, como esa otra que protagonizó otro ecuatoriano José Mejía Lequerica, cuando en las cortes de España, dio a los mismos españoles lecciones de verdadero patriotismo, ésta de Pedro Franco Dávila, un sabio auténtico, sin pretensiones vanas de grandeza, que obsequia un espléndido museo a la ciudad de Madrid y no escatima sus luces y conocimientos a cuanto científico español recurre a él.

Franco Dávila, enseñando Ciencias Naturales a la vieja Europa; Franco Dávila retribuyendo con largueza, al Viejo Mundo y en especial a España, la poca ciencia que nos habían enviado. Franco Dávila es una de las auténticas glorias de Guayaquil y del Ecuador entero.

Desearía hacer con esta oportunidad, una reflexión final. La acariciada ilusión de Franco Dávila, de dotar a Guayaquil con su preciado museo, no pudo cumplirse.

Han pasado 200 años, la ciencia y la técnica han progresado en forma inconmensurable, ¿ será posible, que Guayaquil, hasta ahora, no pueda contar con un apropiado museo de Ciencias Naturales?. Es hora que los poderes públicos, dejando de lado rencillas intrascendentes, piensen en el porvenir que el futuro nos depara. Sin ciencia, sin tecnología, en el mundo actual, no se da un paso adelante. Para salir del subdesarrollo no bastan los discursos de ocasión, es preciso una planificación seria del desarrollo científico y tecnológico. Esperemos que en las nuevas generaciones surjan no uno sino muchos Franco Dávila.

Cristóbal Colón y la génesis de la empresa descubridora

José Toranzo Huete*

Conferencia pronunciada el día 27 de Noviembre de 1964
en el Salón de Actos del Museo Municipal de Guayaquil,
acompañada por la banda filarmónica del Centro Municipal
de Cultura.

Es interesante comenzar por el origen del nombre de un
legendario leyenda alrededor de los grandes descubrimientos, leyenda que
la investigación histórica se esfuerza de encontrar en datos docu-
mentos fehacientes, como cartas, relaciones oficiales, etc., o
por medio de testimonios de contemporáneos del personaje en
cuestión.

*Autor de la obra.